



POR UNA DEMOCRACIA MÁS HORIZONTAL

LA DEMOCRACIA, LOS PARTIDOS Y LA POLÍTICA DEL SIGLO XXI

Josep Ramoneda
Filósofo y periodista

Resumen

La evolución de las democracias ha ido en la dirección de consagrar a los partidos como instrumento fundamental del encuadramiento de la ciudadanía, que hoy tiene su expresión en la defensa a ultranza del bipartidismo por parte de las élites políticas y económicas. La principal misión de los partidos es la defensa del statu quo, conforme a las hegemonías sociales e ideológicas de cada momento, de modo que la política deja de ser el instrumento para defender los intereses de los que no tienen poder para convertirse en dique de contención de cualquier propuesta o alternativa de cambio. Los partidos actúan como un instrumento de reducción del espacio político, en vez de ser un mecanismo de ampliación del mismo y de inclusión ciudadana. Recientemente, la ciudadanía ha expresado de diferentes maneras la sensación de haber sido excluida de un sistema representativo pertrechado en un bipartidismo cada vez más cerrado. Nada sería peor para la suerte de la democracia que la consolidación de la fractura entre élites y ciudadanía. La historia nos enseña que cuando esto ocurre la democracia tiene los días contados. Hay que recuperar el sentido profundo de la democracia: inclusión, alternancia y cambio social.

Abstract

The development of democracies has gone in the direction of consecrating political parties as a fundamental tool for keeping citizens in line, nowadays expressed in the vehement defence of the two-party system by political and economic elites. The parties' main mission is the defence of the status quo in accordance with the social and ideological hegemonies of the time, so politics ceases to be the tool for protecting the interests of those who do not have power and becomes a retaining wall holding fast against any alternative or proposal for change. The parties act as an instrument for reducing the political space instead of being a mechanism for expanding it and for including citizens. Recently, citizens have found various ways of expressing the feeling of having been excluded from a representative system entrenched in an increasingly closed two-party system. Nothing would be worse for the fortunes of democracy than the consolidation of the breach between elites and citizens. History teaches us that when that happens, the days of democracy are numbered. The deeper meaning of democracy needs to be recovered: inclusion, alternation and social change.

1. El instrumento y el fin

En 1940, la filósofa francesa Simone Weil escribió una «Nota sobre la supresión general de los partidos políticos». En todas partes,

«la operación de tomar partido, de tomar posición a favor o en contra, ha sustituido a la obligación del pensamiento. Es una lepra que tiene origen en los medios políticos y se ha extendido, a través de todo el país, casi a la totalidad del pensamiento. Es dudoso que se pueda remediar esta lepra, que nos mata, sin empezar por la supresión de los partidos políticos».

Para Simone Weil, los partidos políticos se caracterizan por tres elementos esenciales: son máquinas de fabricar la pasión colectiva (es decir de arrastrar a la gente a través de la propaganda y la excitación y no con la razón y la verdad); son organizaciones construidas para ejercer presión sobre el pensamiento de cada uno de sus miembros, negándoles la independencia

de criterio y de acción; y su único fin es su propio crecimiento sin limitación alguna, lo que significa una rotunda impostura en la medida en que convierten el instrumento en fin en sí mismo. Con lo que la filósofa concluye que no solo los partidos son contrarios a las ideas de verdad, de justicia y de bien común, sino que todos ellos son totalitarios «en germen y en aspiración»¹. Por tanto, incompatibles con una verdadera democracia.

Las palabras de Simone Weil, escritas en la convulsión de los inicios de la Segunda Guerra Mundial, chocan hoy por su lenguaje y por su contundencia. La perspectiva moral en la que Weil se sitúa forma parte de lo impensable en una cultura política como la nuestra que no solo ha asumido por completo el cinismo y la mentira de los partidos políticos, sino que incluso los utiliza como argumento para transferir parte de sus competencias a poderes contramayoritarios, totalmente ajenos al interés general.

Hablar de la supresión de los partidos políticos, como hace Simone Weil, queda hoy fuera del ámbito de los debates posibles. En el caso español choca además con un tabú: los partidos políticos están protegidos por la memoria del franquismo, que hizo de ellos encarnación del mal. Ponerlos en cuestión encontraría siempre la respuesta demagógica del retorno al pasado o de la amenaza totalitaria. Pero si traigo aquí la reflexión de Simone Weil es precisamente para decir que el debate sobre los partidos políticos es urgente y tiene que hacerse sin prejuicios y llegando hasta dónde sea necesario. Su papel en el funcionamiento de la democracia es tan central que su deterioro es la vez causa y reflejo de la degradación del sistema. Si el actual sistema de partidos no se reforma muy profundamente, pronto será muy difícil hablar con propiedad de democracia refiriéndose a un sistema como el vigente hoy en España.

La evolución de las democracias ha ido en la dirección de consagrar a los partidos como instrumento fundamental del encuadramiento de la ciudadanía, que hoy tiene su expresión en la defensa a ultranza del bipartidismo por parte de las élites políticas y económicas. La principal misión de los partidos es la defensa del *statu quo*, conforme a las hegemonías sociales e ideológicas de cada momento, de modo que la política deja de ser el instrumento para defender los intereses de los que no tienen poder para convertirse en dique de contención de cualquier propuesta o alternativa de cambio. Los partidos actúan como un instrumento de reducción del espacio político, en vez de ser un mecanismo de ampliación del mismo y de inclusión ciudadana.

El mito del bipartidismo como modelo más eficaz para garantizar la gobernabilidad es simplemente el mecanismo para asegurar que la alternativa de gobierno no se convierta nunca en verdadera alternancia, que ninguno de los partidos con posibilidad de gobernar osen cruzar nunca los límites del espacio delimitado por los poderes hegemónicos. Sin embargo, desde que la irrupción de los nuevos movimientos sociales, a partir de 2011, empezó a erosionar los tabús y los consensos sobre los que se legitimaba el régimen vigente, el campo de lo pensable se ha ensanchado. Y los partidos no tienen por qué escapar al cedazo de la crítica. La manera de actuar de los dirigentes políticos, el sentido patrimonial con que los principales partidos disponen de las instituciones, su pretensión tutelar sobre la sociedad y su tendencia

¹ «Notes sur la suppression générale des partis politiques» es un ensayo de Simone WEIL que forma parte de los *Ecrits de Londres* (1940).

a la opacidad, al secretismo y al alejamiento de la ciudadanía de la cosa pública, ha hecho que se generalizara la sensación de que no nos representan y ha convertido a la política oficial en una de las principales problemas a ojos de los ciudadanos. «Nada esperan ya los ciudadanos de los políticos que han venido teniendo», escribe el sociólogo José Juan Toharia, a propósito de la crisis institucional española. «Por eso nueve de cada diez optan por exigir su inmediato relevo, como primer y más creíble paso hacia la regeneración que se anuncia»².

Antes de que la deriva hacia el autoritarismo posdemocrático se consolide, bueno será un debate abierto y sin cautelas sobre los partidos y su futuro, por mucho que inquiete a las élites gobernantes. Desde que la derecha empezó a ganar la batalla ideológica en Europa a partir de los ochenta y la izquierda perdió la palabra y buscó la redención en el mimetismo de los vencedores, el espacio de la política se ha estrechado enormemente. Con la crisis, la ciudadanía ha expresado de diferentes maneras la sensación de haber sido excluida de un sistema representativo pertrechado en un bipartidismo cada vez más cerrado. Nada sería peor para la suerte de la democracia que la consolidación de la fractura entre élites y ciudadanía. La historia nos enseña que cuando esto ocurre la democracia tiene los días contados. Hay que recuperar el sentido profundo de la democracia: inclusión, alternancia y cambio social. Dicho de otro modo: hay que reencontrar la dimensión horizontal de una democracia cada vez más verticalizada. Decía Scott Fitzgerald que «los ricos son distintos de usted y de mí», me temo que los políticos también. Y esto es incompatible con la idea de democracia que es el gobierno de los ciudadanos por los propios ciudadanos.

2. Un régimen gripado

Las cuatro principales funciones de los partidos políticos son la representación política de los ciudadanos, la selección de personal adecuado para la gestión de las instituciones públicas, la deliberación parlamentaria (y por tanto la transmisión de las reivindicaciones ciudadanas y el control del ejecutivo) y, a partir de ahí, la dirección política, cuando la ciudadanía se la confía a través del voto en las elecciones correspondientes. A día de hoy en todas estas tareas los partidos muestran enormes deficiencias, no solo atribuibles a los humanos desaciertos y errores de sus dirigentes porque que tienen carácter estructural.

«No nos representan», se ha convertido en un eslogan ampliamente compartido por la ciudadanía, que tiene ya los acentos de un tópico. ¿Qué significa no nos representan? Por lo menos tres cosas: no escuchan, no nos reconocen, no cumplen sus promesas. La voz de la ciudadanía no llega, porque la democracia va de arriba hacia abajo: los partidos venden un producto que se compra o no, pero no se discute, en el sentido de un debate democrático real. Y la mediación de los medios de comunicación está demasiado marcada por el sistema de intereses de los grandes grupos mediáticos, todos ellos en apuros económicos que les hacen enormemente vulnerables. De modo que se hace difícil no asumir el cinismo de Jaron Lanier:

² Artículo publicado por José Juan TOHARIA en el diario *El País* (31 de agosto de 2014).

«Si te interesa saber realmente lo que sucede en una sociedad o ideología solo tienes que seguir la ruta del dinero»³

Pero tan grave como no escuchar es el desdén que la población siente: no nos reconocen como sujetos portadores de un derecho fundamental a intervenir en la cosa pública. Solo nos buscan como clientes en el mercado electoral, una vez cada cuatro años. Por eso pueden ganar unas elecciones con un programa (véase el PP en 2011) y hacer exactamente lo contrario de lo prometido al llegar al poder. Es una verdadera impostura política, porque prometieron lo que prometieron a sabiendas de que no podían cumplirlo. Populismo es la figura: exactamente aquello de lo que los partidos del establecimiento acusan a cualquier recién llegado a la arena política. Buscan la legitimidad de origen en el voto ciudadano y se burlan de la legitimidad de ejercicio. Al día siguiente de ser elegidos se consideran completamente desvinculados de cualquier compromiso. A partir de ahí, la deliberación parlamentaria se convierte en una pantomima, porque no hay debate posible sin disposición a entender y considerar los argumentos del adversario. Y la oposición que debería canalizar las reivindicaciones ciudadanas está siempre pendiente de no salirse del camino marcado por el régimen de veracidad vigente. Y ejerce la función de control del ejecutivo siempre condicionada por su cuota de responsabilidad en la corrupción tan extendida en un régimen muy opaco.

Fallan evidentemente los mecanismos de selección de personal. Y la corrupción es en este sentido un indicador. Pero el problema de la corrupción en España no es solo de personas. El régimen surgido de la transición con sus estructuras y con la práctica política lo favorece. No se puede olvidar el pecado original: la continuidad con el franquismo, que dejó intactas muchas estructuras de poder. Pero más allá de este factor, la obsesión por la estabilidad hizo que en la práctica el régimen evolucionara hacia una gran opacidad, con un bipartidismo cada vez más cerrado, con un reparto del poder a través del estado autonómico que favorece extraordinariamente los sistemas clientelares y con un núcleo central de promiscuidad político-económica llamado Madrid. Es cierto que el problema tiene una dimensión cultural, en un país en que todo el mundo paga al fontanero sin factura y en cambio se escandaliza de la corrupción pública. Pero como ha explicado Víctor Lapuente Giné, la corrupción institucional española, a diferencia de otros países del entorno, esta principalmente en las alturas. Muy pocos ciudadanos se han encontrado con que un funcionario les pida dinero para arreglar unos papeles o un policía para perdonarle una multa, la corrupción está en los altos cargos que toman grandes decisiones y (no hay corrupto sin corruptor) en las zonas altas del poder empresarial, especialmente en sectores como la construcción⁴.

El malestar con los partidos políticos, que se expresa a través de los movimientos sociales, que están ocupando el espacio que la izquierda ha dejado huérfano, y de las redes sociales y otros nuevos medios de comunicación, irrumpen en un momento en que el régimen da manifiestas señales de estar gripado. El motor está atrancado. Y la sensación de deterioro crece, poniendo en evidencia la dificultad del sistema para reformarse y el miedo a la ciudadanía que reina en

³ Jaron LANIER, músico, informático, es autor de una sugerente reflexión sobre la cultura digital: *Contra el rebaño digital*. Debate (2011).

⁴ VÍCTOR LAPUENTE GINÉ desarrolla este tema en «A la búsqueda de las instituciones virtuosas», artículo publicado en *La reforma de la democracia española*. Círculo de Economía de Barcelona (2013).

el establecimiento no solo político sino también económico y social. Las reacciones de pánico ante Podemos, la descalificación como antipolítica, antisistema o populista (quien esté libre de pecado que tire la primera piedra) que se pronuncia automáticamente contra todo fenómeno político nuevo que irrumpa en la escena, denota el bloqueo del sistema, que ha llegado a un punto que requiere cambios en todos los niveles: proyectos, personas, leyes y usos, empezando por la propia Constitución. Y sobre todo que los gobernantes den muestra de estar dispuestos a asumir sus responsabilidades que es la única vía para recuperar la confianza.

Las elecciones europeas de mayo de 2014 han sido una sonada expresión de este malestar. Y, de momento, han producido un movimiento acelerado de cambio generacional, que ha alcanzado a la corona, a un partido tan importante como el PSOE, a la izquierda en general. Al tiempo que en algunos lugares como en Cataluña se asiste a una verdadera revisión general del sistema de partidos. Y los movimientos sociales adquieren protagonismo creciente. Solo el PP sigue impertérrito, sin que todavía ningún responsable político haya asumido las responsabilidades por el caso Bárcenas y por el caso Gürtel: dos ejemplos de corrupción estructural, en el corazón del partido, a lo largo de un par de décadas. Así no hay renovación ni reforma creíble. Estos dos casos, más los ERE en Andalucía, más la trama valenciana del PP, más el sistema organizado de explotación familiar del poder político, que está emergiendo después de la insólita autoinculpación de Jordi Pujol en Cataluña, que desmonta la figura de uno de los referentes de la transición, ponen en evidencia que los partidos en este país están afectados de un mal sistémico y de muchos males prácticos (opacidad, carácter jerárquico, negación de la crítica, cultura de la sumisión y el silencio). Eso requiere asunción previa de responsabilidades, como condición de credibilidad, y reformas institucionales muy profundas. Una democracia menos opaca, más horizontal, menos excluyente, más viva para que la ciudadanía se sienta querida e implicada⁵.

3. La democracia representativa

Y, sin embargo, hay que recordar algunas cosas elementales que a menudo se olvidan. La forma propia de la democracia moderna es la democracia representativa. La democracia representativa no es una versión deficiente de la democracia directa. Es distinta: un *sistema mixto*, en expresión de Bernard Manin⁶, que mezcla elementos representativos con otros que no lo son. Con el pretexto de controlar mejor a los que gobiernan, se ha instaurado un sistema que en realidad es de control de los gobernados y no de los gobernantes. En los últimos tiempos se ha abusado enormemente de la delegación de responsabilidades públicas en agentes no electos, mal llamados *independientes* (basta ver sus currículos para entender sus dependencias), especialmente en relación con la regulación de la economía, y de la transferencia de la gestión de servicios básicos a empresas privadas. Estas renunciadas por parte del poder político (que ya no conserva siquiera el monopolio de la violencia legítima), bajo la presión del poder económico,

⁵ Sobre la nueva política ver el ensayo de Marina GARCÉS: «Nuevas formas de politización», en *La Maleta de Portbou* (número 1, septiembre-octubre de 2013).

⁶ Bernard MANIN desarrolla esta idea en *Principios del gobierno representativo*. Alianza Editorial (1999).

han sido justificadas en nombre de la imparcialidad exigible de la que se da por supuesta que los partidos no son capaces y de la ineficiencia de la gestión pública. Se alimenta así una imagen negativa de los dirigentes políticos que en nada favorece al prestigio de las instituciones. Y se contribuye a romper el vínculo entre política y ciudadanía, haciendo olvidar a los ciudadanos que la política democrática es la única vía para defender los intereses de los que no tienen poder.

La democracia representativa garantiza: control, mediación y estabilidad. En este sentido, es un sistema de encuadramiento de la ciudadanía. En el que los partidos juegan un papel equívoco: deberían representar a los ciudadanos, pero por encima de todo buscan su neutralización. El ideal de la democracia representativa ha virado. Si antes estaba en la movilización ahora se ha desplazado hacia la desmovilización: el ideal de la democracia en su versión neoliberal es la sociedad de la indiferencia, dónde los ciudadanos se limitan a votar cada cuatro años y dejan la cosa pública en manos de los profesionales⁷. De la democracia al régimen de los expertos. Esta deriva es la que la crisis, con sus efectos reveladores de la realidad oculta bajo la fantasía totalitaria de que todo era posible y de que no había límites para el crecimiento y el dinero, ha roto. La ruptura se ha producido a partir de una idea: en el fondo la crisis es tanto o más política que económica. Los expertos no eran tales: han sido incapaces de controlar y poner coto a las dinámicas económicas que han conducido al desastre. Y así han crecido las dudas sobre el poder y autonomía de la política, sobre un régimen político como el español, y sobre la manera de hacer y entender la política por parte de los partidos institucionales.

Es cierto que cíclicamente, la política se pone en cuestión. Muchas cosas de las que se dicen ahora, se escribieron, por ejemplo, a mediados de los 70. En 1975, Michel Crozier, Samuel Huntington y Joji Watanuki, redactaron un informe, por encargo de la Comisión Trilateral, con el título *La crisis de la democracia*, en el que describían un clima de «debilidad de los dirigentes y de alienación de los ciudadanos» y advertían sobre el desafío lanzado por «los intelectuales y los grupos que les son próximos», que afirman su hastío por «la corrupción, el materialismo y la ineficacia de la democracia», con «la sumisión de los gobiernos democráticos al «capitalismo de monopolio»⁸. No hay espacio para la melancolía, pero tampoco para la resignación. Los partidos políticos y la democracia no van necesariamente juntos. Los partidos políticos son incompatibles con la democracia si confunden su razón de ser: si se creen que su fin único es el ejercicio y conservación del poder, es decir, si de medios se convierten en fines en sí mismos. Del mismo modo, la democracia no es un fin en sí mismo, es una cultura, una manera de entender la convivencia, y es un régimen político cuya finalidad es garantizar las libertades básicas y los derechos de los ciudadanos, facilitando el control de los abusos de poder. Una democracia que restringe derechos y libertades como está ocurriendo en España con la restauración conservadora del PP (ley Wert, ley del aborto, seguridad ciudadana, legislación laboral) es una democracia demediada.

En los años 70, de la crisis de las democracias europeas de posguerra se salió por la vía de la llamada transición liberal, que cambió las hegemonías ideológicas, y abrió el camino a la

⁷ Este es el tema de mi libro *Contra la indiferencia*. Galaxia Gutenberg (2010).

⁸ Citado por Jan-Werner MULLER en *Contesting Democracy. Political Ideas in Twentieth Century Europe*.

sociedad de los individuos y de la desocialización (la sociedad mercado) hasta la construcción de la cultura de la indiferencia. Fue el triunfo de lo que algunos han llamado el *modelo Hayek*: un estado fuerte capaz de imponerse a las resistencias de la sociedad y dejar vía libre al poder económico; primacía del estado de derecho sobre la democracia; delegación del poder a políticos y agentes crecientemente alejados de la ciudadanía⁹. Agotado este ciclo, ¿cómo se sale de él? «La cuestión central es simple: la democracia y los poderes públicos han de recuperar el control de manera efectiva y regular del capitalismo financiero globalizado del siglo XXI», se lee en un manifiesto de reciente publicación en Francia, firmado por Pierre Rosanvallon, Thomas Piketty y Daniel Cohen, entre otros¹⁰. La pugna de los partidos tradicionales para mantener intocado el *statu quo* frente a los movimientos sociales y las nuevas formas organizativas es la expresión de las enormes dificultades que presenta el envite. De este conflicto debería surgir una nueva fase democrática. El pragmatismo es una virtud en política. Pero el pragmatismo no es la resignación ante la realidad, es el reconocimiento de la misma para cambiarla. El principio de la izquierda es el cambio social, para que mejoren las condiciones de vida de todos, en el sentido fuerte de la palabra vida: ejercicio permanente de pintarse a sí mismo (Montaigne). Por eso Michael Walzer dice que la izquierda es una actitud: «seguir caminando»¹¹. El progreso es la disposición a mirar al futuro, pero se ejerce en el presente a través de la política, y la izquierda debe apoyarse en la ciudadanía para sacar a la política de su impotencia en tiempos de abrumadora hegemonía económica. El progreso es defender a los ciudadanos de los abusos de poder. Y es incompatible con la humillación de las personas por parte del Estado.

Un mayor nivel de educación de la ciudadanía, unos medios de comunicación –las redes sociales– mucho más horizontales, y la conversión del trabajo en un bien escaso (ni es fácil encontrar trabajo, ni tenerlo es garantía de las condiciones para una vida digna) son tres factores que cambian las coordenadas de la política y de la propia idea de bien común y de interés general. He aquí la absurda ley de hierro del capitalismo, tal como la enuncia Frédéric Lordon:

«Para sobrevivir, hace falta dinero; para tener dinero, es necesario un salario; para tener un salario, se necesita empleo, y para que haya empleo, que haya crecimiento [...] que destruye el planeta»¹².

¿Podemos seguir agarrados a esta ley como si fuera un flotador cuando está perdiendo aire por todos sus poros? La ciudadanía percibe que las élites han desertado, se han ido de la sociedad, a su mundo y a su bola. Y constata que los que gobiernan están más pendientes de la señales que estas emiten que de los ciudadanos. Es la democracia al revés, una aristocracia. Por eso hay una cierta rebelión democrática: los ciudadanos no quieren ceder la política, es un derecho que les corresponde. Y reclaman proyectos políticos: salir de este presente continuo que nos tiene encerrados en una habitación sin vistas, recuperar el pasado y el futuro: es decir,

⁹ Ver el citado libro de Jan-Werner MULLER.

¹⁰ *Manifeste pour une union politique de l'euro* (16 de febrero de 2014).

¹¹ Michael WALZER (2011): «La izquierda nel qui-ed-ora», artículo publicado en la revista italiana *Micromega*, número 8.

¹² Frédéric LORDON propone la salida del euro en *La malafacon*. Les Libres qui Livère (2014).

el sentido. Por eso, cuando alguien introduce unas dosis de ilusión de proyecto de futuro, la ciudadanía sigue, léase Asamblea Nacional Catalana, léase Podemos.

Si la democracia de las treinta gloriosas era más bien una democracia de prensa escrita, si la democracia neoliberal ha sido fundamentalmente televisiva (con más monólogo que mediación), ¿vamos hacia la democracia de Internet? Y aquí aparecen nuevos interrogantes: ¿Las redes sociales favorecen la creación o la repetición y la memoria? ¿Abren los espacios de comunicación o más bien refuerzan los lazos locales ya existentes? ¿Sigue siendo el estado nación el marco adecuado para la democracia o es ya insuficiente? Por todo, ello la máxima expresión de la crisis política actual es el desconcierto europeo. En Europa, se busca desesperadamente la reconstrucción de los demos. «El pueblo inencontrable [*introuvable*]», en expresión de Pierre Rosanvallon¹³. (13)

4. Por una democracia más horizontal

Todo poder tiene una dimensión positiva (*acción*) y una dimensión represiva (*imposición*). Reformar es redistribuir el poder. Esta es la cuestión política por excelencia. A los ciudadanos se les ha restado poder (capacidad de ejercer la última palabra) y lo que piden en cierto modo es empoderamiento. Recuperar parte del poder y de la palabra perdidas. ¿Qué significa recuperar el poder? Primero: que el poder político vuelva a ser suyo, es decir, que recupere autonomía respecto al poder económico. Segundo: que su voz sea escuchada, recuperar la palabra. Tercero: que su capacidad de control de los que nos representan sea efectiva. Las reformas exigibles, por tanto, se mueven en tres direcciones: mayor capacidad de decisión en manos de la ciudadanía, reconocimiento de los ciudadanos como sujetos políticos, control efectivo del abuso de poder. Y en este punto se sitúa la crisis política actual, tanto en Europa como en España: ¿hay que seguir excluyendo a la ciudadanía del juego político avanzando sin recato hacia el autoritarismo posdemocrático o hay que reivindicar y reformar la política como arma de la ciudadanía para recuperar el músculo de una democracia cada día más flácida? Mientras los partidos sigan entendiendo la democracia como encuadramiento, no como participación, mientras acepten la tarea de someter a los ciudadanos a los intereses del sistema, no de adaptar a este al interés general rescatando la vieja idea de justicia, la democracia seguirá languideciendo. Salvo que los movimientos sociales consigan realmente cambiar la agenda. Es decir, que la presión ciudadana obligue a las élites a abrir el juego. Como sostiene Antón Costas, citando a Mark S. Mizrucchi (*The fracturing of the American corporate elite*):

«A diferencia de lo que ocurrió después de la Segunda Guerra Mundial, las élites actuales no tienen una ética de la responsabilidad civil ni un compromiso entre sus intereses y los nacionales»¹⁴.

¹³ ROSANVALLON, P. (1998): *Le peuple introuvable*. Gallimard.

¹⁴ ANTÓN COSTAS, «Falso amigo», artículo publicado en *El País* (31 de agosto de 2014).

Ante la indignación ciudadana, los gobernantes –y los partidos oficiales– reaccionan a la defensiva: proclamando la estabilidad y la continuidad como valores, negando los problemas estructurales y reduciendo la corrupción a una cuestión de responsabilidad de unos pocos. Renovar un sistema político es redistribuir el poder. Lo cual significa afectar a un sinnúmero de intereses corporativos. Por ello es sumamente complicado. La resistencia al cambio se traduce en propuestas legislativas más aparentes que de calado, operaciones de maquillaje que no significan modificaciones sustanciales. Las primarias son un clásico recurrente de este género. Un instrumento útil como factor de politización, pero demasiado condicionado por los hábitos y las relaciones de poder dentro de cada partido. Pero los partidos institucionales eluden sistemáticamente los debates que obligarían a poner en cuestión los términos actuales de la forma partido. La cuestión de la financiación de los partidos, clave y decisiva, catalizadora de parte de la corrupción, que los partidos del establecimiento quieren que siga siendo opaca porque los beneficia. El dinero siempre ayudará a quienes pongan la defensa del status quo por delante. Modificar a fondo la financiación, quiere decir reducir el gasto y, con él, cambiar la cultura de una política reducida a mercado electoral. El despilfarro de la venta del producto durante las campañas es incompatible con una financiación sensata. Los costes de las hinchadas estructuras de partido –y sus sistemas clientelares– son inasumibles sin componendas y dinero bajo mano. Solo hay una manera de acabar con la corrupción por la financiación de los partidos: transparencia absoluta en los ingresos y en los gastos, con mecanismos eficientes de control, y una política basada principalmente en el debate público en el parlamento, en los medios de comunicación, en las instituciones intermedias, en las organizaciones ciudadanas, en las redes. Una política de ideas y no de publicidad y propaganda, que acepte la confrontación y el debate. No hay nada menos democrático que un mitin electoral, que no tiene otro objetivo que cultivar el patriotismo de partido.

Toda reforma de los partidos pasa por una manera mucho más abierta de hacer política, que acabe con el actual monólogo del poder que a través de los medios manda los mensajes sin que los ciudadanos tengan otra voz que la mediatizada de las encuestas de opinión. Más debate y menos ruido. Devolver la dignidad a la discusión política. Un proyecto político no puede ser una simple mercancía. No bastan las reformas legales si no van acompañadas de cambios culturales. La libertad es la base del bienestar y el bienestar es la capacidad de cada cual para desarrollar sus proyectos personales. Libertad y bienestar han sido reducidos a la dimensión económica. Y ello tiene traducción en la figura que conforma la economía del deseo en el mundo actual: el consumo. La espiral del consumo es la forma de alienación propia de las sociedades occidentales. Una espiral fundada en la insatisfacción permanente –la posesión del objeto nunca es plenamente gratificante, porque inmediatamente da paso al deseo de otro objeto– que, como dice Bernard Stiegler, no sorbe la libido y nos deja solo con la pulsión¹⁵. En una escena en que, como ironiza Ian Buruma, si algo falta, «como en las escenas eróticas de Sade, es el aire fresco de la libertad»¹⁶. Vienen aquí a cuento las palabras de Byung Chul Han: «Las cosas se tornan transparentes cuando se despojan de su singularidad y se expresan

¹⁵ Es interesante la conversación entre Martine AUBRY y Bernard STIEGLER, publicado con el título «Soigne ta gauche» en *Philosophie Magazine* (número 47, mayo de 2011).

¹⁶ BURUMA, I. (2011): *Límits a la llibertat*. Arcadia.

completamente en la dimensión del precio»¹⁷. Si el dinero es lo único que importa y todo tiene precio, si todo se puede comprar, la desigualdad y la corrupción camparán a sus anchas por más cambios legislativos que se hagan. Y ambas son muy ineficientes: son caras y generan cantidad de personas superfluas para el sistema.

Las democracias se nos están descafeinando. Y por eso es bueno recordar su definición básica. La que la reduce a sus elementos esenciales. Paolo Flores d'Arcais la formula en uno de sus últimos libros¹⁸. Democracia es «una cabeza, un voto», tal como decía un *mot d'ordre* de la revolución francesa. Un principio claro, incompatible con otros criterios, como por ejemplo, «una bala, un voto», «una propiedad, un voto», «un sexo, un voto», «una prebenda, un voto», «un linaje, un voto», que tradicionalmente han regido la vida pública, incluso, a veces, incluso con apariencia de democracia.

«Una cabeza, un voto». A partir de este principio procedimental, la democracia es siempre un proceso abierto, nunca completamente definido. Incompatibles con ideas como las que convierten las Constituciones en jaulas y no en marco de oportunidades. Por eso ser demócrata es una actitud, un espíritu de disidencia, que no puede aceptar que la tríada poder, dinero, éxito, sustituya a la tríada igualdad, libertad, poder. La autonomía del individuo es la esencia de la democracia. Todo intento de convertirlo en «cera en manos de otros» destruye la democracia. Ni Dios, ni el dinero, ni la violencia, ni el miedo, ni la mentira, ni la demagogia, ni las determinaciones sociales de origen pueden limitar la autonomía del individuo. La democracia requiere, como decía Claude Lefort, unas condiciones básicas de igualdad. Y esta emana del principio «una cabeza, un voto».

De ahí, los fundamentos de una cultura democrática más horizontal: autonomía individual (es decir, la kantiana capacidad de pensar y decidir por sí mismo, a la que los partidos políticos hacen tan poco honor), reconocimiento de la diversidad de voces, diálogo en el sentido fuerte de la palabra (con capacidad para escuchar y disponibilidad para dejarse convencer por el otro), responsabilidad compartida (basada en una moralidad antiautoritaria y en la capacidad de ver con los ojos de los otros, como ha explicado Ash Amin¹⁹), espacios firmes de colaboración, reconstrucción de la idea de espacio público y de la cultura urbana (como expresión de una identidad no excluyente), pérdida del miedo a la ciudadanía (que bunkeriza nuestras democracias y convierte a los partidos políticos en mecanismos de exclusión y no de representación o mediación). Es decir, las verdaderas democracias son sociedades en transformación permanente, que al modo de las ciudades han hecho del cambio su modo de ser, con unas estructuras flexibles que incorporan, acompañan y redistribuyen permanentemente el poder, frente a la cerrazón corporativista o al control ejercido por un poder económico portador de la capacidad normativa. Y esto tiene una palabra: recuperación de la política. Que solo puede conseguirse si los partidos se acercan a los ciudadanos, en vez de convertirse en funcionarios de las élites para el control de estos, se hacen permeables a las ideas y transparentes en el fun-

¹⁷ El teólogo y filósofo alemán de origen coreano Byun-Chul HAN ha publicado una serie de ensayos breves sobre los cambios culturales del mundo actual. Este texto corresponde a *La sociedad de la transparencia*. Herder (2013).

¹⁸ Paolo FLORES D'ARCAIS desarrolla esta definición de democracia en *Democracia*. Galaxia Gutenberg (2012).

¹⁹ Ver Ash AMIN (2012): *Tierra de extraños*. Galaxia Gutenberg, en que el autor afronta la comprensión de las híbridas sociedades occidentales modernas, la crítica de las biopolíticas autoritarias en curso, y la definición de una política de ruptura con el oscurantismo europeo basada en el concepto de lo común.

cionamiento, y abandonan la cultura de club cerrado de protección mutua. Los movimientos sociales en España están forzando las murallas del castillo bipartidista. En algunos lugares, como en Cataluña el sistema de partidos vigente ha quebrado por completo y está en plena transformación. Sería una oportunidad para hacer un sistema más abierto. ¿Los que llaman a la puerta de acceso a la política institucional acabarían pareciéndose a los ya existentes o realmente se abrirá el juego? Es una oportunidad de verificar la autonomía de los partidos y el espacio de tolerancia del que gozan en las relaciones sociales de poder. Es decir, de saber si podemos seguir hablando de democracia. O si estamos atrapados en la trampa que describe irónicamente John Gray: «El encanto del modelo liberal consiste en que permite que la mayoría de la gente renuncie a la libertad sin saberlo»²⁰.

²⁰ John GRAY (2013): «Sobre el progreso y otros mitos modernos». Sexto Piso.